

do sitiar á Siracusa presa de furiosas discordias intestinas. Los cartagineses lucharon por desalojar á los romanos de sus posiciones pero estos se defendieron admirablemente y el ejército cartaginés fué diezmado por las enfermedades y la indisciplina. La escuadra esquivó un encuentro con los sitiadores y Marcellus, gracias á la traicion de alguno de los defensores, se apoderó de la ciudad y la entregó al pillaje. Ahí pereció el famoso Arquimedes que tanto contribuyó al adelanto de la matemática, de la mecánica y de la física, y que habia consagrado todo su saber y su ingenio á la defensa de la ciudad. En vano se esforzó Hannibal por conservar el resto de la isla, mandando á ella á uno de sus mejores oficiales con un cuerpo de nómidas. Los torpes celos del general cartaginés enviado á Sicilia por el Senado púnico, motivaron la desercion del nómida, la toma de Akragas, que desde entónces se llamó Agrigentum y la consolidacion del dominio de Roma en toda la isla. Por este lado las puertas se cerraban para Hannibal, mientras por el lado de la Grecia entregada á sus divisiones perpétuas, no bastó toda la hábil diplomacia del africano para obigar á Filipo á realizar la alianza; el imprevisor antigonido se contentó con una manifestacion estéril contra las posesiones de la República en el Epiro, pero fué vencido fácilmente, los romanos sublevaron en su contra á una parte de los griegos y al cabo de algunos años solicitó la paz.

Entretanto los Scipiones no solo recuperaban á Sagunto y cerraban á los cartagineses el camino de Italia, sino que llevando la guerra con éxito feliz á las orillas del Bétis, (Guadalquivir), arrancaron á los africanos lo mejor de su territorio español. Hicieron aun más; suscitaron á Cartago un terrible enemigo en Africa misma, Sifax, que su-

blevó casi todas las poblaciones libias, pero que al fin fué derrotado por Masinisa. Este golpe desconcertó á los Scipiones; el ejército cartaginés que habia ido en auxilio de la metrópoli volvió á España y acabó por vencer á los generales romanos, que perecieron valientemente en la lucha. La España fué reconquistada hasta el Ebro en cuya ribera derecha se mantuvieron los romanos y poco despues emprendieron de nuevo la marcha hácia el Guadalquivir.

Cinco años hacia que Hannibal estaba en Italia y todas sus esperanzas habian ido desapareciendo, á medida que los romanos que reparaban incesantemente el efecto de sus primeras derrotas comenzaban á obtener ventajas parciales y á apoderarse de algunas de las plazas que se habian pasado al enemigo, mientras que los Cónsules concentrando la guerra en Campania, lograban sitiar á Capua, despues de una primera tentativa desbaratada por Hannibal. El héroe púnico habia logrado apoderarse de Tarento y sitiaba la ciudad cuando tuvo noticia de la segunda tentativa contra Capua. A riesgo de traer en pos suya á toda la parte del ejército no ocupada en el sitio, Hannibal emprendió una marcha atrevida hasta Capua, y viendo que su presencia no bastaba á obligar á los cónsules á dejar sus posiciones, quiso forzarlos á ello avanzando sobre Roma, que supo con terror la noticia de que el cartaginés acampaba á una milla de distancia; los cónsules no se movieron sin embargo; el plan de Hannibal habia fracasado, Capua acabó por rendirse y los romanos castigaron su defeccion con una crueldad feroz y fria (211).

Hannibal empezaba á hacer en el fondo de la Italia, el papel del leon acorralado; algunas veces hacia destrozos en las legiones, pero estas se rehacian con increíble tenacidad. En una de

aquellas ocasiones, mientras Marcellus lo forzaba á la inmovilidad, el anciano Fabius se apoderó de Tarento. (209) El cansancio y la miseria eran generales, algunos de los aliados latinos se rehusaron á contribuir por mayor tiempo al sostenimiento de la guerra y el Senado tuvo que callarse; pero todos sentian que la crisis se aproximaba. Efectivamente, Hasdrubal, hermano menor de Hannibal, habia logrado escapar en España á Scipion con un gran ejército, habia atravesado los Pirineos, los Alpes, deteniéndose imprudentemente en la Galia Cisalpina y bajado al fin á la Ombria. Roma volvía á verse en peligro inminente, se sabia que Hannibal que habia logrado subir á la Apulia, se detenía ante uno de los Cónsules que le cerraba el paso, mientras el otro hacia lo mismo con Hasdrubal. Un correo interceptado por el cónsul Neron, le hace conocer los planes de reunion de los dos hermanos; dejando el grueso de su ejército frente á Hannibal, corre atrevidamente á reunirse á su colega, obligan á Hasdrubal á presentar batalla en las orillas del Metauro, lo vencen completamente y Neron vuelve á su campamento y hace arrojar en el de Hannibal la cabeza de Hasdrubal. La fortuna habia vuelto la espalda al vencedor de Cannas. Refugiado en el Brutium, se sostuvo ahí cinco años todavía, hasta que sus amigos de Cartago lo llamaron en su auxilio contra Scipion.

Este era el famoso Publius Cornelius Scipio, hijo de uno de los dos Scipiones muertos en España. Su familia, su belleza, su talento, su arte maravilloso para seducir á las masas, le valieron el ser enviado á España á los veinticuatro años siendo apenas tribuno militar. «Bastante inspirado para inflamar los corazones, dice Mommsen de este hombre heroico y simpático, bastante frio y reflexivo para no adoptar

más que el consejo de la razon, para contar siempre con la ley comun de las cosas de este mundo; muy ageno de creer con la muchedumbre en la revelacion divina de sus propias concepciones y demasiado diestro para procurar desengañarla; teniendo además la conviccion profunda de que era un grande hombre por la gracia de los dioses; verdadero carácter de profeta, en suma, se mantuvo sobre y fuera del pueblo.» Scipion fué uno de esos hombres que sin poderse llamar de génio, están destinados á vencer á los guerreros de génio, cuando éstos se han gastado luchando con el imposible, y de este modo suben á la cúspide de la fortuna. Scipion marca el advenimiento en la república de esa serie de hombres populares, verdaderos reyes de las masas, que habian de preparar la trasformacion de la democracia en imperio; Scipion, los Gracos, Mario, Pompeyo mismo, son los precursores de César. Hombre, por otra parte, de una cultura refinada, con él entró en el vetusto hogar de la sociedad romana un soplo helénico que estaba destinado á trasformarlo todo y á realizar la unificacion de la civilizacion antigua.

Apenas llegó á España, se apoderó de Cartajena por un golpe de mano y aunque dejó escapar á Hasdrubal hácia los Pirineos, reconquistó rápidamente toda la península, concertó con los *cheiks* nómidas su expedicion al Africa, y cuando Magon, que con otros muchos cartagineses, se habia refugiado en Gades, (Cádiz), abandonó la ciudad, que fué quizá la primera de las colonias fenicias en aquellas regiones, para llevar á Hannibal un refuerzo tardío, Scipion pudo decir que España habia cesado para siempre de pertenecer á los cartagineses. El afortunado capitán á quien la suerte habia protegido, á pesar de sus graves errores militares, volvió

á Roma el año 206 a. J. C. Elejido cónsul para el año siguiente, no se preocupó más que de llevar la guerra al Africa. Pasó á Sicilia, y aunque la desconfianza del Senado fué un obstáculo para sus proyectos, organizó la expedición y partió de Lilibea con cierto aparato teatral y religioso, invocando para él y para el pueblo romano, puestos á la misma altura en sus deprecaciones, la protección de Júpiter. Llegó á las costas africanas en donde se le unió Massinissa, ántes enemigo de los romanos y ahora su amigo por odio á Sifax, aliado de Cartago. El terrible númida fué un aliado eficaz de Scipion que pudo vencer á los ejércitos púnicos á pesar de los refuerzos que les habían llevado Sifax, los macedonios y los celtiberos. Estos desastres dieron aliento en Cartago á los partidarios de la paz sobajados durante la preponderancia de los Barkas. Entraron en pláticas con el general romano y se firmaron algunos preliminares ventajosos para Cartago, dadas las circunstancias; pero á poco el partido de la guerra logró sobreponerse y llamó en su auxilio á Magon, el más pequeño de los hijos de Hamilkar y á su hermano Hannibal. Magon que se hallaba en el N. de la Italia, apenas pudo ponerse en marcha porque estaba herido gravemente y pereció en la travesía. Hannibal estaba en Crotona procurando realizar una alianza de griegos é italianos contra Roma, y en cuanto recibió el mensaje de sus amigos se puso en marcha. Sin hallar obstáculo alguno desembarcó en Leptis, volviendo á pisar el suelo africano despues de 36 años de ausencia. En cuanto llegó, el partido patriota rompió la tregua celebrada con Scipion, y éste, despues de celebrar una conferencia con Hannibal en que se negó á hacer mayores concesiones á Cartago, presentó batalla al enemigo y lo venció

completamente en Zama. Hannibal seguido de muy pocos logró salvarse (201). Scipion pudo apoderarse de Cartago; prefirió tratar. Las condiciones fueron durísimas, enorme la indemnización de guerra exigida y humillante el estado á que quedó reducida la ciudad; bajó al rango de verdadera tributaria, bajo la vigilancia terrible de Massinissa y sus númidas. Con esta paz la dominación absoluta de Roma sobre la Italia, en donde las ciudades que ayudaron á Hannibal fueron tratadas cruelmente, quedó definitivamente consolidada, así como su preponderancia en el Mediterraneo occidental. Roma era desde aquel momento la potencia más fuerte del mundo antiguo.

LA CONQUISTA DEL MUNDO.—Desde la paz con Cartago hasta la reducción de Pergamo á provincia romana. (201-129) Inmediatamente que se firmó la paz, Roma se dedicó á los asuntos de Italia, que reclamaban su atención en la completa desorganización que había introducido en la península la presencia de Hannibal. En los últimos tiempos, sobre todo, las tentativas de los dos hermanos del héroe, en el N. de Italia, habían hecho en extremo precaria la dominación de los valles situados al pié de los Alpes. Roma restableció en la región del Pó rápidamente su poderío, naciones enteras como la de los Boios quedaron reducidas á la nada y los países que ocupaban, colonizados y latinizados sistemáticamente. Colonias fuertes y colocadas hábilmente sujetaron el país cisalpino y sirvieron de centinelas avanzadas como Aquilea para impedir las incursiones de los transalpinos. Con el mismo sistema contuvieron definitivamente á los ligures, á los sardos, corsos, etc.

En España también tuvo que luchar Roma contra los indomables indígenas de la comarca, y á pesar de que mante-

ner un ejército de ocupación en la península ibérica le era gravoso, la circunstancia de no poder abandonar aquella conquista, á riesgo de verla volver á manos de los africanos, le obligó á hacerlo así.

Porque Cartago aun era temible. Es verdad que Roma le había dejado un puñal clavado en el corazón, el imperio númida de Massinissa. Estos númidas descendientes de los libios ó *libui* que probablemente vinieron con los egipcios del Asia y se derramaron por el N. del Africa y de los que descienden los Khabylas actuales, á pesar de estar constituidos en tribus nómades, (de donde se origina el nombre de *númidas*), habían soportado siempre mal la inconsiderada opresión de los mercaderes púnicos. Massinissa que era un salvaje de genio, fuerte con la decidida protección de Roma, sometió á su imperio casi todo el N. de Africa hasta los límites de la Kirenaica, y residía habitualmente en Cirta (la Constantina actual). Abrazando á Cartago con un círculo de fierro y ambicionando en secreto hacer de ella la capital de su imperio, el númida la provocaba sin cesar mermando constantemente el territorio que la generosidad de Roma había olvidado en torno suyo. Los cartagineses con la paciencia propia de los fenicios que no se agotaba sino cuando había llegado el día de la desesperación, para convertirse entonces en una energía espantosa, los cartagineses, decimos, enviaron á Roma varios embajadores pidiendo justicia. Los romanos fingían oírlos, pero en realidad entraba demasiado en sus miras la conducta de Massinissa para que pensaran seriamente en acotarla. Como Cartago no podía según una cláusula del tratado atacar á ninguno de los aliados de Roma, nada se atrevía á emprender contra Massinissa y aguardaba. Hannibal que ha-

bía cambiado el inepto gobierno de la oligarquía, por una democracia que estaba á sus órdenes, procuraba ser olvidado mientras preparaba con suma destreza la revancha de Cartago, rehaciendo sus recursos y procurándole aliados en Grecia y en el Oriente. Los romanos no descansaron en pedir su expulsión, hasta que el gran vencido de Zama se vió obligado á huir á Siria, en donde reinaba Antiokos.

Dueños los romanos de la cuenca occidental del Mediterráneo, toda su política debió consistir y consistió en impedir la formación de un gran estado en la cuenca oriental que amenazara el comercio de sus provincias marítimas é insulares. En el Oriente solo podían formarse ó mejor dicho crecer á expensas de los otros, uno de estos tres imperios: el Egipto, que había llegado, gracias á la sabia política de los primeros lágidas á un alto grado de bienestar y que se contentaba con ser el gran depósito del comercio entre Asia y Europa y el protector de las artes y las ciencias; el del Asia, vinculado en la familia de los seleukidas y que no era más que el antiguo imperio aqueménide helenizado superficialmente, compuesto de elementos heterogéneos, de una suma facticia de poderes sobre pueblos en realidad independientes y que parecía haber heredado la debilidad radical del reino persa; la Macedonia: esta monarquía, herencia recogida por los descendientes de Antigonos en el naufragio de la familia de Alejandro, era un país lo mismo que en tiempo de Filippo fuerte para la conquista y que podía servir aun de instrumento á un hombre de genio. Sobre las luchas entre estos tres imperios se había posado la mirada profunda del águila romana.

La presa que se disputaba era el mundo griego. La Grecia, lo hemos visto ya, era la gran proveedora de generales,